

Palabras de Eduardo Restrepo, presidente de la Comisión Directiva 2017-2020 de la ALA, durante la clausura del VI Congreso ALA el 28/11/2020



En uno de los conversatorios del VI Congreso ALA una colega dijo, refiriéndose a la labor de los antropólogos y al lugar de la antropología, abro comillas: «¿Cuál es nuestro horizonte? ¿Nuestro horizonte es destruir el capitalismo? Bueno, ¡no! respondió. Nuestro horizonte, creo yo, es mejorar las condiciones de vida de la gente, sus posibilidades, sus posibilidades de reconocimiento personal, y lo otro pues se lo dejamos a la historia». Cierro comillas. Permítanme disentir de esta concepción de lo que constituye el horizonte como antropólogos.

En contraste con el argumento de esta colega, yo sí considero que nuestro horizonte es destruir el capitalismo; no solo eso, por supuesto, ya que el capitalismo está amarrado al racismo, al patriarcalismo, al eurocentrismo...

No es una tarea simple, por supuesto. Algo así como una utopía que permite andar, orientarse... sin lugar a dudas. Sin ese horizonte ético-político la antropología y los antropólogos corren el riesgo de quedarse haciéndole la tarea a un puñado de sectores y clases privilegiadas, lo que no nos debería sorprender mucho ya que muchos antropólogos hacen parte de estos sectores y clases, por supuesto.

Ochy Curiel, en otro conversatorio, hablaba de que no hay un solo feminismo, sino muchos feminismos, y que las diferencias

entre los feminismos están en el horizonte ético-político. Ella se posiciona desde un feminismo lésbico negro decolonial y, por supuesto, eso implica no solamente una diferencia sino una tensión y una disputa con los feminismos liberales clasemedieros blancos.

En este punto pienso igual que Ochy: que existen múltiples antropologías dependiendo del horizonte ético-político que las constituye. Hay unas antropologías liberales (tal vez a esta clase pertenecen el grueso de las antropologías realmente existentes), hay otras socialdemócratas, hay otras de izquierda; en otros registros hay unas antropologías decoloniales, antipatriarcales, antirracistas, pero también las hay de derecha (entre esta clase de antropología hay unas que se enuncian y asumen como tales, pero son muchas más aquellas antropologías de derecha que se ejercen penosamente o ingenuamente de derecha).

Hay muchas antropologías, y sus diferencias y contradicciones se derivan de sus distintos posicionamientos ético-políticos. En el cierre de este Congreso, me atrevería a abogar por la urgencia de una antropología de vocación anarquista: una que luche contra todos los autoritarismos, no solo de aquellos derivados de la acumulación del capital, sino también de aquellos derivados de la acumulación del “conocimiento”, de los capitales simbólicos y de la sedimentación de privilegios.

Esa antropología de vocación anarquista tiene que pasar por una sospecha irreverente, no negociada, frente a las autoridades y narrativas establecidas. Por ejemplo, cuando en otro de los conversatorios Rosana Guber hablaba de nuestros ancestros, entiendo lo valioso de no silenciar o desconocer sus trayectorias y aportes, pero no veo muy relevante instaurarlos en un lugar de adoración que clausure el pensamiento y el distanciamiento crítico con ellos.

Esa antropología de vocación anarquista se instaure en una sospecha irreverente, no negociada de los acallamientos en nombre de autoridades, en nombre de trayectorias, en nombre de noblezas antropológicas. Ayer Gemma Rojas en la presentación de *Antropologías hechas en Chile* argumentaba que tenemos que repensar las categorías desde las cuales estamos pensando la antropología misma. ¡Totalmente de acuerdo! Tenemos que interrumpir esas categorías

con las cuales asumimos y naturalizamos la antropología. Por lo tanto, una antropología de vocación anarquista tiene que evidenciar e interrumpir el sentido común disciplinario en el cual reposamos cómodamente muchos de nosotros.

Desde una antropología con vocación anarquista, señalaría que hay dos grandes retos por encarar: el primero es que debemos dejar de hacer el grueso de la antropología hacia abajo, en nombre de salvar a unos otros, a unos subalternos. Esa actitud judeocristiana de salvar a los otros, a los pobres, es un asunto por interrumpir y problematizar más. Tenemos que pensar-hacer más unas antropologías que hagan sangran el mundo hacia arriba y hacia los lados.

El segundo reto se refiere a nuestras propias coherencias. Una antropología de vocación anarquista pasa por las prácticas, por encarnar en lo que se hace lo que se piensa, y no para el futuro o en los fines, sino en el aquí y el ahora, y en los medios. Eso de decir unas cosas y hacer otras pasa tanto entre los colegas. Nos decimos muy críticos pero a renglón seguido corremos a buscar el certificado para que nuestros establecimientos académicos nos den beneplácito, para que sigamos contando con los salarios y privilegios. Nos imaginamos desplegando una labor de conocimiento muy importante para las luchas de los pueblos, de las mujeres, del entorno, de los no humanos... pero estamos prestos a ser unos sujetos dóciles que se portan bien con las demandas de las burocracias académicas y los caprichos de las entidades gubernamentales de ciencia y tecnología. Para una antropología de vocación anarquista estas contradicciones no son menores, no son insalvables ni excusables.

Para terminar quisiera decir unas últimas palabras ya sobre la ALA. Después de cinco años de estar al frente de la ALA, nunca me la imaginé como una asociación gremial. Me dan asco las asociaciones que se circunscriben a lo gremial. La ALA me la imagino como un escenario que potencie el posicionamiento en disputa de *nuestras antropologías* (“nuestras” en el sentido de Nuestra América de Martí), no desde el chauvinismo, no desde el nativismo, no desde la lógica del reconocimiento o el resentimiento con respecto a otras antropologías en el mundo, sino desde sus relevancias entendiendo

e interrumpiendo lo que nos constituye e interpela en las urgencias de nuestros presentes.

Sin duda, las antropologías y los antropólogos pertenecemos a la historia, que tenemos que contribuir a hacer y disputar nuestras historias. Obviamente, hacemos y disputamos nuestras historias no en condiciones decididas por nosotros, por supuesto, para citar a un personaje por ahí, pero sí es importante articularnos desde las prácticas a hacer historias con otros que somos nosotros. Espero que la ALA sea un dispositivo para ello, para hacer con otros que somos nosotros la sangrante historia: el horizonte de la ALA no puede ser mantener los privilegios de antropólogos ni de antropologías VIP que suelen estar solo llenas de palabrerías.

Compartimos el enlace web del video de clausura del VI Congreso ALA en el canal YouTube de ALA:

<https://www.youtube.com/watch?v=bJaNX-9ruT0>